

La Revolución de la *a/Autonomia*. Itinerarios conceptuales y práctica política en Italia (1973-1979)

Virginia Fusco¹

Recibido: 28-11-2022 / Aceptado: 28-2-2023 / Publicado: 11/7/2023

Resumen. Este artículo realiza un análisis de la aparición de *Autonomia Operaia* en el contexto italiano de los años 70 y de la noción de Revolución elaborado por esta misma componente del movimiento de la izquierda extraparlamentaria italiana. El propósito del análisis es doble. Por un lado, mostraremos cómo el constituirse de la *autonomia* como área refleja una “revolución” en el panorama de la izquierda italiana de aquellos años y, por otro, reconstruiremos la comprensión de la noción de revolución que elabora el filósofo Antonio Negri en el marco de la revista *Rosso*, una de las referencias más importante para los militantes de la organización. Por último, indicaremos cómo las reelaboraciones de las nociones de *vanguardia de clase* y *obrero social* gestadas en el seno de *Autonomia* siguen siendo útiles para (re)pensar nuestro horizonte de acción contemporáneo y su posible transformación radical.

Palabras clave: Toni Negri, *autonomia*, *Autonomia Operaia*, *Rosso* (Revista), Revolución, PCI.

[en] The Revolution of *a/Autonomia*. Conceptual itineraries and political practice in Italy (1973-1979)

Abstract. This article analyses the emergence of *Autonomia Operaia* in Italy in the 1970s and the notion of Revolution that this same component of the Italian extra-parliamentary left movement elaborates. The purpose of the analysis is twofold. On the one hand, we will show how the emergence of the *autonomist movement* represented a “revolution” in the left political scene in those years and, on the other hand, we will show which modes of understanding the notion of Revolution were elaborated by Toni Negri in the framework of a magazine, *Rosso*, which constituted one of the most important references for the militants of *Autonomia Operaia* itself. Finally, we will indicate how the new takes on *class vanguard* and the Negri notion of “*social worker*” are still useful for (re)thinking our contemporary horizon of action and its radical transformation.

Key words: Toni Negri, *autonomia*, *Autonomia Operaia*, *Rosso*, *Revolution*, *PCI* (*Italian Communist Party*).

Cómo citar: Fusco, Virginia (2023). La Revolución de la *a/Autonomia*. Itinerarios conceptuales y práctica política en Italia (1973-1979). *Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 12(2), 189-200. <https://dx.doi.org/10.5209/tldl.84900>

Revolutions have been factories of utopias; they have forged new imaginaries, new ideas, and have aroused expectancies and hopes.

Enzo Traverso

Toni Negri (1970), en el volumen *Scienze Politiche I* de la enciclopedia Fisher Feltrinelli, define *revolución* como la ruptura violenta de los ordenamientos institucionales, jurídicos, sociales y económicos de una sociedad y su reconfiguración radical a través de un nuevo poder que se estructura durante el proceso revolucionario. Dicho de otro modo, la revolución representa la ruptura y la reconfiguración radical del conjunto de las instancias que regulan nuestra vida. A pesar de esta primera aproximación al concepto que Negri nos ofrece, cabe destacar el proliferar contemporáneo de sus usos: “revolución solar” en técnicas terapéuticas *new age*, “revolución amorosa” en el deba-

¹ Ayudante Doctor, Universidad Carlos III de Madrid. Actualmente es investigadora postdoctoral [Ayudas de Recualificación del Profesorado Funcionario o Contratado] en la Universidad de Bologna, *Alma Mater Studiorum*, Dipartimento delle Arti (DAR).
Correo electrónico: vfusco@hum.uc3m.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1598-3022>
Proyecto: “El vínculo y su contrario. Desafección, mediaciones y representación política” (PID2021-124954NB-I00) financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI). IPs: Andrea Greppi y Gabriel Aranzueque Sauquillo.

te contemporáneo sobre comunidades cuir, “revolución de lo cotidiano”, que nos indica que la propia noción elude definiciones precisas y son más bien los adjetivos que a ella van aparejados los que definen el concepto. Revolución, así a secas, parece haber desaparecido de nuestros usos habituales, pero permanece la extraña sensación de que el término es empleado, en su versión adjetivada, para describir transformaciones que se plasman en el campo de lo relacional y de lo individual haciendo que su alcance general acabe volviéndose opaco.

No obstante, y de manera quizás antiintuitiva, el dinamismo de su campo semántico y la resignificación contemporánea del concepto apuntan, bajo mi punto de vista, a la relevancia que las revoluciones como eventos de la modernidad europea han tenido y a su impronta en el imaginario social a pesar de lo que suele ser leído como su progresivo deterioro epistémico. Así lo expresa Enzo Traverso quien, en una entrevista acerca de su maravilloso libro *Revolution: An Intellectual History* (2021), añade que el imaginario social contemporáneo está todavía saturado de revolución(es); el autor percibe cierta tensión entre *romantización* y *estigmatización* de la noción a la hora de esclarecer la manera en que este imaginario heterogéneo se expresa. Pese a ello, en muchos escenarios sociales la estigmatización o el desinterés acerca de las experiencias revolucionarias del siglo pasado constituyen las actitudes dominantes. Las revoluciones parecen pertenecer a una época oscura de nuestra historia colectiva, un periodo marcado por formas de violencia sin sentido, barbarismo y atroces genocidios. Por más que la revolución representa un momento fundacional de la historia de Europa que ha inaugurado la modernidad, es igualmente cierto que se ha vuelto una pesadilla de la que hemos despertado gracias al triunfo de la economía de mercado, el (neo)liberalismo y el humanitarismo que dominan el escenario contemporáneo. De allí el peso de la “revolución adjetivada”: evocar la revolución, a secas, después del fracaso de muchas experiencias revolucionarias, resulta cuanto menos insensato.

Traverso aboga por una vuelta al análisis de las experiencias revolucionarias de los siglos pasados y simultáneamente por la recuperación del concepto de revolución para restituirle su validez epistemológica como instrumento analítico capaz de iluminar aspectos claves de la modernidad, así como para rehabilitar su uso a pesar de que sus significados historiográfico y político parezcan, como decía, algo erosionados. Este propósito/intento se expresa en *Rivoluzione* gracias a una apasionante reconstrucción de la historia de las ideas políticas (en este caso, precisamente, la idea de revolución) entrelazada con la historia de aquellos sujetos y movimientos sociales que han creado, elaborado y encarnado la revolución —entendida como teoría, práctica y proceso— en los distintos contextos políticos y sociales considerados. En particular, la Revolución Rusa representó un hito en la historia mundial y orientó políticamente el desarrollo de un conjunto de movimientos que vieron en esta experiencia un modelo a seguir para romper los ordenamientos administrativos, jurídicos, sociales y económicos de las sociedades contemporáneas.² La Revolución de Octubre creó un imaginario (Tylor, 2006) y un mito (Flores, 2017) que han constituido la matriz de la acción política de buena parte de las fuerzas sociales antagonistas que, según el diagnóstico de Traverso, siguieron estando operativas hasta hace relativamente poco, gracias a la definición de un “horizonte de expectativas” en el marco de la modernidad tardía.

Apoyándome en Traverso, me propongo bucear en este imaginario revolucionario considerando la experiencia de *Autonomia Operaia* en el movimiento antagonista italiano, la relevancia de sus aportaciones políticas y el amplio número de revistas y fanzines que, en las décadas siguientes, siguieron expresando los puntos de vista de los autónomos sobre cuestiones tan relevantes como la autonomía, la representación política y el proceso revolucionario (Fumagalli y Lazzarato, 1999). Pondré el acento en la noción de revolución que se elabora en su seno y que impregna las reflexiones conceptuales, así como las prácticas políticas de sus militantes. De este modo, el propósito de esta intervención es doble: por un lado, mostraré como el constituirse del área de la *autonomia* representa una revolución en el panorama de la izquierda italiana de aquellos años dominados por la presencia del Partido Comunista Italiano (PCI) y, por otro, indicaré qué modos de comprensión de la propia noción de revolución se elaboran en el marco de *Rosso*, una revista que ha sido una de las referencias más importantes para los autónomos en el variopinto universo editorial de contrainformación de la época. A través de este texto no pretendo romantizar las experiencias de la izquierda extraparlamentaria de los setenta; me propongo más bien rescatar de cierto olvido las propuestas políticas de *Autonomia* en la convicción de que la conciencia de los fracasos y los logros de una tradición como la autonomista —que resulta más fecunda de lo que suele considerarse en el debate recién—, puede ofrecer un punto de fuga para la reflexión colectiva en un escenario social y político profundamente marcado por la desafección, la apatía y una sensación de extrema fragilidad colectiva.

Una premisa acerca de la noción de autonomía

O del contexto del Movimiento

El acercamiento crítico a la vida política de la izquierda extraparlamentaria italiana de los años 70 del siglo pasado ha permanecido, hasta muy recientemente, al margen de los intereses de buena parte de la historiografía. Su memoria ha sido sustancialmente vinculada a las experiencias de los protagonistas y a los archivos del propio movimiento gracias a fanzines, revistas e imágenes cuyo análisis exhaustivo no ha hecho más que empezar (Ventrone, 2012).³

² No obstante, resulta indispensable establecer una línea de continuidad entre una idea de revolución que emerge a partir del 1798 y la experiencia soviética: “La revolución es una carrera hacia el progreso. El socialismo heredó de 1789 una visión radicalmente nueva de la revolución como ruptura histórica —ruptura social y política—, el derrocamiento del antiguo régimen, la instauración de un nuevo poder y la transformación del pueblo en sujeto soberano” (Traverso, 2021, p. 57). Traducción propia.

³ En este sentido, cabe destacar la obra monumental de la editorial Derive e Approdi que, en el nuevo milenio, ha inaugurado la publicación del conjunto de materiales sobre la Autonomía, el *operaismo* y las luchas de los movimientos sociales en el contexto italiano.

No obstante, la comprensión de estos materiales está subordinada a una reconstrucción pormenorizada de los distintos contextos discursivos y organizativos en los que se producen, que revelan simultáneamente un *continuum* de preocupaciones teóricas-prácticas, así como la especificidad del debate interno a cada organización. Uno de los elementos nucleares de este *continuum* discursivo, desde finales de los sesenta, fue la noción de *autonomía* que constituirá la base para la edificación de *Autonomia Operaia* como sujeto político dentro de la izquierda extraparlamentaria.

El concepto de autonomía resulta polimorfo y ubicuo y de allí la cantidad desbordante de textos dedicados a su exploración, definición y conceptualización. En términos generales, se podría decir que con ella las distintas componentes del *Movimento* se refieren a la autodeterminación de las estrategias y formas de acción política de los trabajadores y sus organizaciones. Autonomía es entendida entonces como *emancipación* de las líneas de defensa de los intereses de clase trazadas a nivel nacional por los sindicatos y el Partido comunista, y, a la vez, como *decisión* que deslegitima la función de mediación de tales organizaciones en los contextos concretos en los que se expresa el conflicto de clase (Tolomelli, 2015, p. 227). Por lo tanto, hablar de autonomía obrera revela simultáneamente la centralidad de los trabajadores en el debate y la vindicación de un *espacio nuevo* para la acción de clase, espacio autónomo frente a las tradicionales fuerzas que habían dominado la escena política desde postguerra. Como es obvio, la novedad de esta posición, así como la definición de un terreno de lucha más allá de las fuerzas parlamentarias e institucionales, tendrá una serie de efectos concretos en la manera en la que se van a ir organizando las protestas desde entonces; de forma capilar, descentralizada y, diríamos, idealmente acéfala.

Si bien la noción no resulte novedosa a los que están familiarizados con la historia del movimiento obrero y comunista, este énfasis en la autonomía corresponde en Italia a un largo proceso de erosión de la autoridad simbólica y real de los sindicatos como mediadores entre los obreros y la patronal y la progresiva crisis del PCI como sujeto capaz de aglutinar los nuevos intereses de la clase trabajadora en el panorama nacional e internacional (Vittoria, 2006; Agosti, 1999). En otros términos, en el contexto de las fábricas y en los territorios metropolitanos del norte, cambia profundamente el vínculo establecido entre obreros en lucha y PCI, con consecuencias enormes para la política de la(s) izquierda(s) italiana en la década siguiente. La vinculación histórica del PCI con el sindicato había garantizado su éxito como fuerza política en el panorama posbélico; su tradicional lugar de mediación y control sobre las fuerzas del trabajo vivo se veía profundamente alterado por la aparición del *Movimento*. En efecto, la entrada en escena de nuevas fuerzas de izquierda había tenido como consecuencia más relevante el sabotaje y el colapso del intercambio político en el que los sindicatos ofrecían cierto control a la patronal sobre las luchas obreras a cambio de un reconocimiento del papel del PCI como promotor de las políticas nacionales (Crouch y Pizzorno, 1977).

Este progresivo distanciamiento entre Partido Comunista, sindicatos confederales y masas trabajadoras es el punto de inflexión más significativo de la época y se manifestó en la aparición de nuevos enfrentamientos violentos entre dirigentes y jóvenes autoorganizados que culminará en los hechos dramáticos del 1977 en varias ciudades de la península así como el definitivo abandono, por parte del PCI, de las instancia revolucionarias e, inclusive, de la que podemos interpretar como pura retórica subversiva que todavía estaba presente a comienzos de la década en la prensa de partido (Bianchi y Caminiti, 2004).

Autonomia Operaia Organizzata

La experiencia de *Autonomia Operaia* –un área capaz de avanzar una propuesta unívoca y reconocible en el universo gaseoso de la izquierda extraparlamentaria italiana– se articula precisamente en torno a esta centralidad de la noción de autonomía entendida como autodeterminación y autovalorización de clase⁴, y como expresión de independencia en aquella fase de desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo italiano. *Autonomia* representó un núcleo centrípeto alternativo al sistema y a las organizaciones de partido –en particular el comunista– que se habían producido durante la lucha antifascista (Monicelli, 1978).

Autonomia Operaia como organización nace en el 1973⁵ a partir de la disgregación de *Potere Operaio*, en la Conferencia de Rosolina en la que se hace irreconciliable la fractura entre dos posiciones antagónicas, representadas respectivamente por Franco Piperno y Antonio Negri, acerca de la posibilidad de crear un “partido de la insurrección”, capaz de constituirse como vanguardia revolucionaria de clase en el ciclo de luchas que se había abierto internacionalmente a finales de los años 60.⁶ Negri defendía la necesidad de promover una ruptura radical con la historia reciente de

⁴ Este término es empleado por Toni Negri y por la revista *Rosso* de este modo: “El concepto “autovalorización proletaria” es lo contrario del concepto “forma-Estado”; es la forma que adopta el poder desde el punto de vista de los trabajadores con conciencia de clase. La *autovalorización proletaria* es la deconstrucción inmediata del poder enemigo, es el proceso a través del cual la lucha de la clase obrera ataca hoy directamente al sistema de explotación y a su régimen político”. Traducción propia (Negri, 1979, p. 15). He traducido *autovalorizzazione* como *autovalorización* amparándome en una traducción literal de esta definición y la he utilizado a lo largo del texto a pesar de que en castellano no sea un término tan habitual.

⁵ “La autonomía con minúscula nació en los años 60, pero siempre ha estado ahí: es una especie de característica física de la clase obrera: su organización y sus movimientos también lo son. Pero la Autonomía con mayúsculas nació como producción política a principios del 73”. Traducción propia (Negri, 2015, p. 470). Negri nos ofrece en las páginas siguientes una genealogía de la autonomía con la «a» minúscula que encuentra en los movimientos sociales y políticos del 1848 y en la experiencia de la Comuna de París su origen.

⁶ Franco Piperno, uno de los fundadores de *Potere Operaio*, sostenía la necesidad de un partido organizado para dirigir la insurrección mientras que Toni Negri, por aquel entonces profesor titular en la Universidad de Padua, vindicaba la *autonomía de clase* y de la *autorrealización* como prioritarios frente al problema histórico de su representación en la forma partido.

Potere Operaio –que había permanecido al margen del movimiento del 68– y el imperativo de un nuevo diagnóstico de los retos que se presentaban a las organizaciones del movimiento en ámbito nacional e internacional (2015, p. 477). Retos marcados por una nueva composición de la clase y por las profundas transformaciones del tejido conectivo industrial, subestimadas hasta entonces y que necesitaban de una doble intervención: teórica y práctica.

Por un lado, había que comprender plenamente las transformaciones inducidas por los procesos de mecanización y concentración capitalista, así como por la nueva composición del proletariado industrial debida al emerger de la *fabbrica diffusa* (Ginsborg, 1989).⁷ Por otro, había consideraciones de naturaleza organizativa que pivotaban sobre la aparición de nuevos sujetos sociales, dentro y fuera de las fábricas, cuyo clamor y furia fortalecían la idea que una ruptura del orden constituido estaba al alcance (Revelli, 2008, p. 140). Los jóvenes trabajadores no-calificados que constituían una parte relevante de la nueva fuerza de trabajo de la pequeña y mediana empresa (Ginsborg, 1989), las mujeres, los desempleados de los barrios obreros cuya especificidad en términos de experiencias y deseos debía ser considerada a la hora de promover nuevas formas de organización política capaces de derrotar de manera definitiva la hegemonía que el PCI seguía ejerciendo sobre el imaginario posbélico de la izquierda, pese a las críticas cada vez más feroces a sus dirigentes. Consideraciones acerca de la experiencia subjetiva en su dimensión pre-política se fundían con el análisis de los procesos objetivos de producción y reproducción capitalista dando lugar a un “rechazo total de lo existente, gusto estético por el gesto rebelde y destructivo, [...] e intolerancia radical por cualquier forma de organización rígida” (Ventrone, 2012, p. 342)⁸, aunque desde la conciencia plena –como subrayaría más tarde Negri– de la necesidad de ir más allá del espontaneísmo y del insurreccionalismo que habían caracterizado el amanecer de PotOp primero y, sucesivamente, de *Autonomia* como movimiento (Negri, 2015, p. 477). Había, por lo tanto, que rechazar una forma de organización rígida como la del partido y empezar a pensar en términos locales, sin perder de vista un marco general que pudiera aglutinar esta especificidad y ponerla en red para retroalimentar el desarrollo de un movimiento transformador a carácter global.

El alto grado de heterogeneidad y el progresivo manifestarse en su interior de distintas posiciones, vuelven particularmente problemática la identificación retrospectiva de un solo nudo focal en términos teóricos, así como organizativos. La librería Calusca, Via dei Volsci, la *Assemblea Autonoma* del Alfa Romeo, los círculos del proletariado juvenil organizado alrededor de las luchas de la Fiat en los *congressi di fabbrica*, Radio Alice y radio Sherwood constituyeron el multiforme corpúsculo de colectivos organizados y sujetos vinculados políticamente bajo su paraguas. Algunos autores (Bianchi y Caminiti, 2020) han querido dar cuenta de esta multiplicidad interpretándola como la expresión más visible de la especificidad de un territorio, el italiano, caracterizado por una extrema fragmentariedad del tejido productivo dominado por la pequeña empresa y una diversidad enorme de tradiciones políticas heredadas (la comunista, la socialista y la anarquista para mencionar solo las más obvias) que dificultaron la constitución de un bloque de oposición “unitario” a las prácticas de gobierno.

Estas distintas almas de *Autonomia* fueron emblemáticamente representadas por un amplio abanico de revistas y fanzines entre las cuales es particularmente interesante estudiar *Rosso* cuya relevancia es indudable por lo menos por dos razones. En primer lugar, si consideramos su estrecha vinculación con experiencias teóricas tan significativas como el obrerismo de *Potere Operaio*, *Rosso* nos ofrece un trampolín ideal para comprender los enfoques teóricos que vertebraron las posiciones autónomas en la lucha política de aquellos años y su originalidad frente a otras. Por otra parte, la vinculación de la revista con la figura de Toni Negri, el teórico de más relieve en el proceso de constitución del área y de la organización, hace de *Rosso* el contexto textual perfecto para bucear en el clima político y cultural de los años 70 en Italia e iluminar así la noción de revolución, que aquí nos ocupa. De la lectura de los editoriales y artículos que componen *Rosso* entre 1973 y 1979 emergen dos aproximaciones nuevas al concepto de “vanguardia de clase” y de “obrero social” que ofrecen un renovado centro de gravedad a las acciones insurgentes de muchos jóvenes comunistas a lo largo de la década.

En el próximo apartado me concentraré en dos momentos que han marcado el desarrollo de *Autonomia Operaia* y su específica posición teórica en el marco de la izquierda extraparlamentaria italiana. Son útiles como puntos de anclaje para comprender la revolución de la *Autonomia*.

Genealogías

O de Berlinguer y Lama

Dos episodios marcan la entrada en escena de *Autonomia* como nueva organización en el contexto de la variopinta izquierda extraparlamentaria. Por un lado, tenemos la crisis de Chile con el golpe de estado del general Pino-

⁷ Desde la posguerra, el sistema económico italiano ha experimentado distintos modelos territoriales de desarrollo. Desde un modelo de concentración territorial de la producción industrial, de la renta y de la población en las grandes ciudades del norte del país –en una primera fase de la industrialización– se ha pasado a un modelo de *difusión* territorial en aras de un descentramiento productivo que garantizara una mayor flexibilidad social productiva como respuesta a las modificaciones de las relaciones de poder en las grandes áreas metropolitanas y a la creciente capacidad organizativa de la clase obrera. Este nuevo modelo de organización de la producción que, a partir de los años 70, se extiende a un territorio más amplio que incluye zonas históricamente “periféricas” ha sido nombrado *fabbrica diffusa*.

⁸ “rifiuto totale dell’esistente, il gusto estetico per il gesto ribelle e distruttivo, [...] e radicale insofferenza per qualsiasi forma di organizzazione rigida”. Traducción propia.

⁹ Marco Scavino (2018) ofrece una excelente introducción a la historia y la línea política de esta organización en *Potere operaio. La storia. La teoria* (1).

chet y la respuesta del Partido Comunista Italiano frente a aquellos acontecimientos. Por otro, la reacción estudiantil al *meeting* de 1977 organizado en el ateneo de la Sapienza en Roma por el entonces secretario de la CGIL, Luciano Lama. Estos dos acontecimientos ejemplifican la violenta ruptura con el ideario de las organizaciones socialistas y comunistas nacionales en el contexto posbélico y son la expresión más visible de una crítica radical a las tácticas y estrategias empleadas por las fuerzas comunistas en el contexto institucional.

Primera diapositiva: los hechos de Chile

El golpe de estado en Chile y lectura de los hechos propuesta por el PCI, con la insistencia en la noción togliatiana de una presunta “vía italiana al socialismo” como única solución posible a los ataques del capital a los frentes populares –de los que Chile era testigo–, cimentaron la ruptura del movimiento con el liderazgo del Partido y la consolidación definitiva del área de *Autonomia* como fuerza independiente.

Las experiencias latinoamericanas de guerrilla de los años sesenta habían ofrecido un amplio repertorio de discusión a las fuerzas socialistas y comunistas y al naciente movimiento extraparlamentario. Como bien pone en evidencia Santori (2008), América Latina se había transformado en el continente revolucionario por antonomasia, proporcionando a todas las fuerzas en juego símbolos y eslóganes para las numerosas manifestaciones organizadas en Italia durante el bienio *caldo* de 68/69. Mientras que el neonato movimiento estudiantil y los jóvenes proletarios en las fábricas consideraban las experiencias latinoamericanas de guerrilla como hitos a seguir, los cuadros dirigentes del PCI hacían referencia prevalentemente a la experiencia chilena como demostración empírica de que la vía democrática al poder resultaba la opción más válida. El objetivo era claramente prevenir la proliferación de nuevas formaciones a la izquierda del Partido que apelasen al uso de la violencia política y que pudiesen conducir el país a una nueva guerra civil.¹⁰ No obstante, los hechos del 1973 resultaron ambiguamente funcionales al desarrollo de la línea reformista –promovida dentro de las filas del PCI bajo la denominación de *democrazia progressiva*– frente a las instancias insurreccionales y subversivas que todavía caracterizaban las masas populares italianas en aquella época (Agosti, 1999, p. 51).¹¹

El 11 de septiembre de 1973 el general Pinochet llevó a cabo un golpe de estado en Santiago que produjo la caída del gobierno, elegido democráticamente en 1970, presidido por el socialista Salvador Allende, al frente de una coalición de unidad popular. Los acontecimientos de los días siguientes, el suicidio de Allende, la violenta represión militar de los militantes del frente popular y las interferencias de los Estados Unidos en la política interna del país, suscitaron una violenta indignación en las filas de la izquierda internacional y la condena de la política imperialista norteamericana. Además, la terrorífica experiencia incentivó una reflexión más articulada de las perspectivas comunistas en el contexto de la guerra fría, la división del mundo en bloques, así como una redefinición estratégica de las tácticas empleadas a nivel local (nacional) para la realización del socialismo. Así lo expresaba Enrico Berlinguer, secretario nacional del PCI y uno de los líderes comunistas más influyentes de las décadas de los setenta y los ochenta¹², retomando en clave radical la línea política del PCI desde el X Congreso del partido.¹³

Según el líder comunista, los hechos chilenos revelaban el endurecimiento del imperialismo norteamericano y su voluntad de dominio, así como la necesidad imperiosa de abandonar cualquier iniciativa política que abogara por una transformación social revolucionaria que situara en la vanguardia de clase su sujeto central. En un primer editorial de *Rinascita* de 28 de septiembre, el Secretario declaraba que había que seguir trabajando en la línea de la unidad con las demás fuerzas sociales para el cambio democrático y para aislar las grandes corporaciones que resultaban ser el verdadero enemigo de clase en aquel momento. En otros términos, según Berlinguer, había que abandonar las instancias revolucionarias y promover un conjunto de alianzas interclasistas entre aquellas fuerzas que en territorio italiano pugnan por favorecer y profundizar el proceso de democratización iniciado en 1945. Esta defensa de las libertades democráticas imponía reconsiderar el rol de aliados de las demás fuerzas políticas y sociales que habían jugado un papel fundamental en la resistencia antifascista y su transformación en protagonistas de la nueva estrategia política del Partido. Los ideales revolucionarios que, recordémoslo, había forjado varias generaciones de militantes desde la resistencia partisana (Flores, 2017) se volvían irrelevantes en esta fase y aquellos que vindicaban instancias insurgentes en el actual panorama internacional de crisis eran tachados de ser vendedores de humo:

¿qué conclusión debemos sacar de esta toma de conciencia? Tal vez, ¿la de abandonar el terreno democrático y unitario para elegir otra estrategia hecha de cortinas de humo, pero cuyo resultado rápido e inevitable es el aislamiento de la vanguardia y su derrota? (Berlinguer, 5 octubre 1973).¹⁴

¹⁰ “El éxito electoral de marzo es también el resultado de estos intensos procesos de democracia real, de un amplio movimiento de masas que debería hacer reflexionar a quienes –como leíamos recientemente en un periódico europeo– intentan un proceso revolucionario utilizando sólo como parámetro el método de la lucha y –en este caso concreto– la lucha armada” (Ledda, 16 abril 1971).

¹¹ En efecto, si la conquista del poder por vía democrática se había revelado posible, de la misma manera se hacía evidente que el imperialismo internacional estaba dispuesto a eliminar cualquier atisbo de inclusión de los intereses de ingentes masas de población a través del apoyo –directo o indirecto–, legitimado en el caso de los Estados Unidos por la doctrina Monroe, a la eliminación de sus representantes.

¹² “Se ha visto y se sigue viendo que se trata de un acontecimiento de trascendencia mundial, que no solo despierta sentimientos de execración hacia los responsables del golpe reaccionario y de la matanza masiva, y de solidaridad para quienes son víctimas y se resisten a él, sino que también plantea cuestiones que entusiasman a los luchadores por la democracia en todos los países y provocan la reflexión”. Traducción propia. Berlinguer, E., 28 settembre 1973, “Imperialismo e Coesistenza alla luce dei fatti cileni”, *Rinascita*.

¹³ La progresiva construcción argumentativa de Berlinguer se rastrea en un conjunto de artículos que aparecen en *Rinascita* en los meses siguientes: “Imperialismo e Coesistenza alla luce dei fatti cileni”, “Via democratica e violenza reazionaria” y, por último “Riflessioni sull’Italia dopo i fatti del Cile”, *Rinascita*, 12 octubre 1973.

¹⁴ Traducción propia.

En su segunda intervención acerca de los hechos de Chile, Berlinguer justificaba la decisión de permanecer en el Parlamento en una posición minoritaria a partir de un diagnóstico acerca de la situación interna del país. El nivel de desarrollo de la lucha de clase en términos generales llevaba al Partido a un alejamiento de las denominadas posiciones voluntaristas y a una actitud de prudencia.¹⁵ Esta decisión, como veremos, no tenía un carácter táctico, sino que iba definiendo la orientación del Partido con respecto a identificar en el Parlamento el foro privilegiado y, en los años siguientes, como el foco único para desarrollar y concretar su iniciativa. En el terreno político y legislativo, el Partido Comunista buscaba influir en la dirección de la política nacional y afirmar su papel de liderazgo mientras abandonaba no solo teóricamente sino *de facto* el terreno de la lucha revolucionaria para la afirmación del socialismo en el país. Esta nueva línea política fue denominada por el mismo Berlinguer *compromesso storico* y en su tercera intervención, sobre el significado de la experiencia chilena para los comunistas italianos, lo definió y defendió en estos términos:

La gravedad de los problemas del país, las amenazas siempre inminentes de las aventuras reaccionarias y la necesidad de abrir por fin a la nación un camino seguro hacia el desarrollo económico, la renovación social y el progreso democrático hacen que sea cada vez más urgente y maduro alcanzar lo que puede definirse como el nuevo gran “compromiso histórico” entre las fuerzas que reúnen y representan a la gran mayoría del pueblo italiano (Berlinguer, 12 octubre 1973).¹⁶

La respuesta política de un número creciente de jóvenes que habían abrazado los ideales revolucionarios a partir de las luchas del bienio 68/69 fue durísima y la apertura ideal a las fuerzas democristianas y centristas por parte del PCI –así como el abandono explícito y decisivo de su vocación revolucionaria– determinó la total erosión del ya lábil consenso que el Partido y sus organizaciones juveniles habían podido construir en aquella época.¹⁷ La respuesta indignada de *Rosso* se hace explícita en diciembre de 1973 en un artículo emblemáticamente titulado “Nuovo Modo di Lottare e Compromesso Storico” con estas palabras: “Éste es el nuevo compromiso histórico de Berlinguer [...] en el que pueden converger los estratos de alineamientos sociales opuestos. A nivel político es la alianza entre la DC y el PCI, a nivel de clase es el compromiso entre el proletariado y la burguesía”¹⁸. El Partido Comunista, tal y como leemos en otro artículo en el mismo número, “pone la clase obrera a servicio de sus aliados”. En otros términos, según *Rosso*, el PCI se convertía en el instrumento privilegiado a través del cual la burguesía afirmaba sus propios intereses de clase. En una Italia en la que había un movimiento de clase, luchas de los obreros y luchas sociales interconectadas¹⁹, lo que Berlinguer había descrito como una táctica defensiva contra el imperialismo internacional resultaba ser un abandono de la política comunista de defensa de sus intereses de clase y una maniobra de defensa del Estado en contra de la fuerza enorme que un amplio sector del proletariado urbano había expresado a partir de finales de los años 60. En definitiva, una traición en toda regla. De hecho, como expresa Negri (2015) en su autobiografía, la idea según la cual había que apoyar el desarrollo del capital como único camino para garantizar cierto bienestar frente a un escenario de crisis económica internacional convertía la destrucción del imperialismo norteamericano en un simple fetiche para el enmascaramiento de la que era, a todos los efectos, la traición del proletariado en sus intereses generales, o sea, en sus intereses revolucionarios (p. 470). Volveremos sobre la cuestión de los “intereses generales” del proletariado más adelante. De momento es imprescindible concentrar la atención en otro momento, la expulsión de Lama del ateneo romano, que nos permite delinear el perfil de *Autonomia* como organización, de su composición de clase, así como de la especificidad de sus posiciones políticas.

Segunda diapositiva: el malestar estudiantil

Tutti si sono accorti che qui/c'è un nuovo attore/che vuole entrare in scena/c'è uno strato sociale irriducibile.

Según el análisis socio-demográfico del *Progetto Memoria*²⁰, la izquierda extraparlamentaria a lo largo de los años setenta estaba formada en su gran mayoría por universitarios, jóvenes trabajadores recientemente absorbidos

¹⁵ El objetivo de una fuerza revolucionaria, que es transformar concretamente los datos de una realidad histórica y social determinada, no puede alcanzarse confiando en el puro voluntarismo y en los impulsos espontáneos de clase de los sectores más combativos de las masas trabajadoras, sino partiendo siempre de una visión de lo posible, combinando la combatividad y la resolución con la prudencia y la capacidad de manobra (Berlinguer, 12 octubre 1973). Traducción propia.

¹⁶ Traducción propia.

¹⁷ Sobre el problema de la progresiva erosión de la influencia de la federación juvenil del PCI en ámbito nacional, son interesantes los datos estadísticos que nos ofrece Paul Ginsborg, op. cit.

¹⁸ “questo è il nuovo compromesso storico di Berlinguer [...] in cui possono confluire gli strati degli opposti schieramenti sociali. A livello politico è l'alleanza tra DC e PCI, a livello di classe è il compromesso tra proletariato e borghesia”.

¹⁹ “Hay una fuerza extrema; para bloquearla se ponen de acuerdo el estado y todo el sistema político –incluidos los comunistas y socialistas– y se llega a lo que se conoce como el compromiso histórico. La década de los 70 se abre como una lucha de las masas contra el compromiso histórico”. Traducción propia. (15 marzo 2002).

²⁰ *La Mappa Perduta* (1994) constituye la primera investigación-documentaria rigurosa que rastrea el surgimiento del fenómeno armado en el contexto italiano. La obra nos ofrece un mapa que comprende la edad, el nivel de estudios, la actividad profesional y la procedencia regional de cada individuo que de un modo u otro fue cercano a estas experiencias, así como la vinculación entre ellos, produciendo la que podría denominarse como la “primera diapositiva completa” de un fenómeno caracterizado, como decía, por su extrema fragmentariedad. Si bien la obra se concentra en las formaciones armadas, estos elementos son co-extensibles a las demás formaciones de la izquierda extraparlamentaria que, como nos dice Curcio en la introducción al volumen, ha constituido su repositorio de reclutamiento.

por la fábrica difusa y jóvenes del nuevo proletariado urbano: nuevos sujetos emergentes en una Italia transfigurada por las profundas transformaciones económicas registradas en las últimas décadas (Ginsborg, 1989). Como bien había sintetizado Togliatti “el milagro económico ha sido socialmente, la gran fortuna de las clases adineradas terratenientes [...] pero no ha resuelto aquellos problemas de nuestra sociedad que son decisivos para la vida de los ciudadanos” (cit. en Pugliese, 1985). De hecho, los políticos de profesión se encontraban frente a una situación económica y social nueva frente a la cual las tradicionales fuerzas en juego en el escenario político del país se revelaban incapaces de producir un diagnóstico adecuado (Vittoria, 2006).

El Partido Comunista Italiano que representaba por lo menos de manera ideal los intereses de la clase trabajadora permanecía encerrado en su propio proceso de renovación interno que pivotaba paradójicamente sobre el nuevo rol que el partido tenía que ocupar en las condiciones económicas y políticas de un país en mutación. Una nueva situación que había inducido la renovación de la contestación juvenil y la explosión de una nueva sensibilidad cultural, política y filosófica con la aparición de nuevos estilos de vida que atravesaron tanto al proletariado como a la intelectualidad (Negri, 2015, p. 465).

Así, uno de los efectos sociales más relevantes de las nuevas condiciones económicas, con amplias consecuencias en el plano político, había sido el impacto que la industrialización había tenido en la definición de nuevas políticas educativas y en la cada vez más intensa obra de escolarización promovida a nivel nacional con la introducción de la obligatoriedad escolar hasta los 14 años. Esta medida representó un abandono forzoso de la precoz inserción en el tejido laboral de los jóvenes de familias obreras y, para los jóvenes de clase media, abrió una nueva perspectiva universitaria como factor diferenciador frente a la masa de nuevos escolarizados.²¹ Esta explosión numérica corrió pareja a una progresiva toma de conciencia de la especificidad de la condición estudiantil y la articulación de una serie de reivindicaciones que vertebraron las movilizaciones del 68, así como la participación en el movimiento de los setenta. En estos años, se incidía en la necesidad de una crítica general a la institución, a su rol y función social precisamente porque la democratización en el acceso no se había correspondido con un cambio radical de las condiciones de vida de los hijos de la clase obrera, los cuales, en su mayoría, seguían estando vinculados al mercado laboral como trabajadores no-calificados (Balestrini, 1971).²²

Ante el escaso poder de los estudiantes dentro de los órganos de representación universitaria (Tolomelli, 2015), transformaron las facultades en un núcleo de reclutamiento central para el movimiento y constituyendo una pieza esencial en la organización de la sociedad insurgente. Hablo aquí de sociedad y no simplemente de sectores universitarios porque fue precisamente en estos años cuando se forjó, en el contexto italiano, la alianza estratégica entre protestas estudiantiles y huelgas obreras de las grandes fábricas metalúrgicas del norte (Vittoria, 2006). Este clima de disconformidad y de rebelión frente a reformas que se revelaban siempre insuficientes fue capaz de reclutar a la causa autonomista un amplio sector de los universitarios, tal y como demuestra la violenta expulsión —liderada por los jóvenes autónomos de Via dei Volsci— en el 1977 del representante del sindicato CGIL, Luciano Lama. Numerosos intelectuales han considerado este episodio como el principio de “la catástrofe” (Crainz, 2003) y como expresión de la definitiva derrota de la sociedad civil (Asor, 1977).

El Partido Comunista condenó con extrema firmeza los manifestantes, apoyó la ocupación de las facultades por parte de las fuerzas de policía y justificó su apoyo a la represión policial en numerosos editoriales de L'Unità en los que se argumentaba que la violencia autónoma era expresión de una “lógica squadrista”, por lo tanto, cripto-fascista y antidemocrática.²³ Es en esta coyuntura donde se hace explícita la definitiva ruptura con la dirigencia sindical que emana del Partido Comunista y donde se amplifica la distancia entre un uso subordinado de las protestas estudiantiles para la promoción de la línea de Partido *vis a vis* con la reivindicación de la “autonomía” de los universitarios, esto es, de sus intereses específicos en el contexto de reestructuración del capital. Viceversa entre los militantes de *Autonomia* las jornadas de Roma solo son la confirmación, quizá más explícita que en el pasado, que la opción reformista del PCI venía aparejada a su adaptación al modelo productivista dominante, a la defensa de las instituciones y a su identificación con el Estado (Melandri, 1997, p. 31).

En la lectura de *Autonomia*, la izquierda institucional había entrado en una crisis profunda porque era incapaz de interpretar las transformaciones en la composición de clase y del modelo productivo (el paso entre fordismo y postfordismo) que necesitaba, cada vez más, un personal técnico más cualificado. La extracción de plusvalía se había extendido a todo el conjunto de actividades materiales y cognitivas, y las fuerzas del trabajo intelectual que, lejos de representar una minoría, constituya ahora la parte principal de la mano de obra global, especialmente si pensamos en términos de subjetividad (Melandri, 1997, p. 32).

Resulta claro, a partir del análisis de estas diapositivas, que el antagonismo de *Autonomia* pivotaba principalmente sobre dos cuestiones correlativas. Por una parte, un distinto diagnóstico de la fase de desarrollo del capitalis-

²¹ En el bienio del 67-68, el número de universitarios era casi duplicado y el número de mujeres estudiantes constituía por aquel entonces un tercio de la población estudiantil a nivel nacional. Véase Tolomelli, 2015.

²² Maravillosas las páginas de la novela de Balestrini en las que encontramos esta tensión entre el deseo de escolarización como distinción, el rechazo de la institución escolar como dispositivo de control y la maravilla frente a un mundo en rápida transformación donde el *bluejeans* y *le lambrette* para ir a la ciudad y al colegio encarnan las aspiraciones más vibrantes de los jóvenes proletarios del sur.

²³ No obstante, señala Bobbio en su análisis: “La polémica actual en Italia se desarrolla en estos términos. Cuando los partidos de izquierda han renunciado a la revolución es porque creen que mediante las llamadas ‘reformas estructurales’ se puede lograr un cambio radical. Un [...] partido reformista siempre encontrará justificación para su comportamiento en la tesis de que hay algunas circunstancias en las que la explosión violenta es necesaria, mientras que en otras no lo es. Aunque hasta ahora, si observamos la realidad histórica, vemos que los grandes cambios sólo se han producido a través de la violencia. [...] hasta ahora el proceso de reforma ha sido lento, conduce a transformaciones dentro del sistema, pero *no a la modificación del mismo*”. Énfasis nuestro.

mo italiano e internacional y, como consecuencia, el alcance que este tenía en los procesos de subjetivación de la clase obrera y del nuevo proletariado. El diagnóstico autonomista, capaz de hacerse cargo de las nuevas condiciones materiales de producción y reproducción social, tuvo un peso determinante en elaborar sus líneas de acción. En particular, a través del énfasis en la autonomía de clase y de los procesos de subjetivación de los proletarios en la metrópoli, *Autonomia* introducía en su reflexión consideraciones acerca de *una nueva economía del deseo* que había producido profundos cambios a nivel antropológico y en el imaginario social del joven proletariado urbano a los que los dirigentes de las fuerzas de la izquierda institucional, en su miopía política y oportunismo, respondían con hostilidad y con un declarado anticomunismo que vertebraba lo que Rosso definía como el nuevo partido de la policía (Rosso, 1977, suplemento, p. 4).

La Revolución de la *Autonomia*

De la teoría a la práctica revolucionaria de masas

“Il cielo si era piegato dal nostro lato”

Toni Negri

Como hemos visto, narrar los años 70 y la aparición de *Autonomia Operaia* significa en buena medida dar cuenta de las diferentes nociones que articulan la vida política de la izquierda y que, en la mayoría de los casos y como atestiguan la prensa antagonista, pivotan, de modo explícito o implícito, sobre las nociones de cambio social y revolución. Estas divergencias teórico-prácticas, lejos de ser el producto de una tiranía de las pequeñas diferencias, ponen de manifiesto cómo la acción política de la izquierda se vertebra alrededor de concepciones de la fase, de la acción colectiva, de sus objetivos y temporalidad que resultan antagónicas e irreconciliables a pesar de encontrar en las aproximaciones marxianas al cambio social un núcleo originario compartido.²⁴

En efecto, el movimiento había identificado claramente un cambio en la composición de la clase –fruto de la primera reestructuración industrial (Ginsborg, 1989)–, y la aparición de un nuevo “tipo” de trabajador en un sentido, podríamos decir, antropológico que, inevitablemente, tendría que ir acompañado por una redefinición de la práctica comunista. En este sentido, el rol de los estudiantes medios y universitarios no podía ser de subalternidad frente a la clase de los obreros como “subjetividad revolucionaria”, sino que se imponía una relectura que tuviera en cuenta el capital afectivo y cognitivo, el primitivo desarrollo de la informática, la sucesiva aparición del “trabajo inmaterial” y la inclusión de los nuevos cuadros medios producidos en los procesos de alfabetización dentro de la dinámica de producción/reproducción metropolitana.²⁵

Este análisis, aparejado al fracaso de la línea sindical y de partido en la respuesta política/organizativa frente a la crisis, generó una creciente desilusión que se expresa en la progresiva erosión del ideal-tipo del obrero (productivo, jefe de familia, tendencialmente conservador desde el punto de vista psicosocial) sobre el que se fundaban las reivindicaciones de los “viejos comunistas”. Un obrero capaz y deseoso de “gestionar la fábrica”, de organizar la producción y que consideraba el trabajo el núcleo fundacional de su identidad, su razón de ser social y política. Este modelo de obrero había coincidido históricamente en el imaginario comunista con la figura del *obrero revolucionario* que tomaba el poder y que se sustituía al capitalista en la gestión de las fábricas, revelando simultáneamente su centralidad histórica como figura del cambio y la irrelevancia –en la fase actual– de los burgueses en el devenir emancipatorio de la humanidad (Bobbio, 2021, pp. 40-46).

En los años setenta, *Autonomia* elabora la idea que el gran potencial revolucionario de la clase obrera no se encontraba ya en su capacidad de trabajo y de organización de la producción que desde siempre habían sido asimilados y usados capitalistamente, sino que los verdaderos orígenes de la autovalorización de la clase eran el *odio de clase* y la *alienación* con respecto al trabajo (Negri, 1979). De ahí la necesidad de apoyar las que se configuraban como luchas espontáneas contra la alienación y todos aquellos comportamientos que fueran expresión de este mismo sentir. Patrullas obreras, autorreducciones en los cines y en el transporte público, protestas contra estrellas de la televisión y divinas, lanzamientos de botellas a los militantes de la organización católica *Comunione e Liberazione* así como la ocupación de viviendas (Rosso, 1977, n° 13/14) eran todas expresiones de esta *conflictualidad* de clase que ofrecía nuevas ocasiones de organización y de contrapoder. Un contrapoder que tenía un lazo íntimo con la violencia como expresión catártica y purificadora de este odio de clase cuyo reverso afectivo era el amor hacia las nuevas subjetividades emergentes (Fusco, en prensa).

Gran parte de la crítica reformista a la experiencia de autonomía identifica la violencia y cierta exaltación de la guerrilla urbana –frente a las estrategias “dirigistas” del partido comunista– el rasgo distintivo de la *Autonomia*. Se hace coincidir esta exaltación con la supuesta desaparición de su análisis de la forma partido y de las vanguardias como representación de los intereses de clase del proletariado. Los editoriales de Rosso muestran, ya desde el primer número programático del 1973, cómo esta interpretación es errónea; la *Autonomia*, en sus múltiples manifestaciones locales, no renegó nunca de la forma partido y de la necesidad de aglutinar las luchas que se daban de forma espontáneas en el territorio, dentro y fuera de la fábrica. Ahora bien, el partido de la autonomía habría debido emerger de

²⁴ Sobre la tradición marxista y la idea de revolución resulta particularmente iluminador el texto de Bobbio, (2021) *Mutamento politico e rivoluzione*. En particular: lezioni 40-46.

²⁵ Véase: Lazzarato, Maurizio (1996; 1997).

las propias luchas como expresión de la capacidad de autorrealización de la clase y sin ser impuesto desde un “afuera” previamente constituido.

Con respecto a la revolución conceptual de autonomía, diría que el verdadero punto de desencuentro no fue la cuestión del partido o del Estado *per se* sino la definición de una distinta temporalidad de la acción revolucionaria entendida como proceso de autoorganización y autovalorización de la clase. El partido comunista concebía la acción revolucionaria como una estrategia de larga duración en la que, siguiendo con la metáfora marxista de la locomotora y sus implicaciones deterministas (Traverso, 2021), el proletariado internacional se configuraba como sujeto unitario de la historia y hacía de la revolución su *destino*. En último análisis, como subraya Bobbio, esta visión de la revolución y del rol del proletariado industrial en ella, era deudora de una particular interpretación de la noción de revolución elaborada dentro de la tradición comunista a partir de distintas hermenéuticas y de una gran cantidad de fragmentos multiformes en los que Marx y Engels formulan su teoría general acerca del “mutamento político” (Bobbio, 2021).

El partido comunista italiano había producido un relato acerca de la revolución proletaria en el que la acción revolucionaria se proyectaba en un futuro de emancipación frente a un presente de sacrificios y derrota. El “principio esperanza” (Cicarelli, 2022) articulaba una retórica como la berlingueriana acerca de la emancipación de clase que ya no sabía responder a las demandas del aquí y del ahora de una generación subjetivada en la crisis de las grandes narrativas emancipatorias de la modernidad, en las derrotas de las huelgas obreras y en la traición por parte de la Unión Soviética de aquellos ideales de libertad y emancipación que habían constituido la que podría nombrarse como ética comunista desde la primera internacional.

Frente al futuro incierto o a la *ausencia de futuro* como recitan varios poemas y canciones de la época²⁶, los jóvenes autónomos hablaban de reapropiarse del tiempo a través del rechazo al trabajo en las fábricas para construir un presente emancipado de las lógicas productivas del capital donde volver operativas las instancias comunistas de libertad. En eso la autonomía prefigura una sensibilidad decididamente postmoderna. En otros términos, “en el futuro de la historia, en el presente sin historia” hay que *agire la rivoluzione* (actuar la revolución). La revolución ya no es un punto de llegada, el final del viaje de la humanidad con la conquista de una emancipación virtuosa en un futuro lejano, sino que pasa a ser pensada como un acontecimiento y una práctica cotidiana que pretende sumar una dimensión macropolítica —que se expresa en el análisis de la fase, del desarrollo del capital, de la reestructuración industrial y de los procesos de autovalorización de clase— con la dimensión micropolítica de las subjetividades que pugnan por su emancipación aquí y ahora a través del sabotaje y de organización de formas de contrapoder en los espacios sustraídos de las lógicas del dominio.

Por lo tanto, sería más preciso decir con Negri que si la autonomía es ante todo un comportamiento espontáneo de las masas, la *Autonomia* como organización representa su capacidad consciente de lucha y organización con la que la clase desarrolla su movimiento hacia la liberación de forma independiente. Esta visión se opone frontalmente a la idea leninista de un partido comunista preconstituido que lleva la conciencia de clase al proletariado insurgente. Según el análisis de Rosso, la noción de conciencia de clase como algo externo a la propia autovalorización del proletariado no deja de promover una visión idealista y antimaterialista que impide entender la naturaleza de los cambios materiales que se plasman a través del propio desarrollo del capital en sus distintas fases. En efecto, la reestructuración y la automatización de finales de los 60 no inauguran un nuevo ciclo de desarrollo de capital, sino sólo revelan la voluntad capitalista de destruir la base social del antagonismo de las masas obreras. Un intento *estructurante* de vencer la clase obrera y doblegar el proletariado internacional:

¿Cómo se había desarrollado el intento capitalista de vencer a la clase obrera? Mediante la automatización de las fábricas y la renovación de la “organización científica” del trabajo, mucho más allá de lo que habían sido las enseñanzas y prácticas del taylorismo y el fordismo. La era del posfordismo se abría paso en la fábrica. En segundo lugar, el capital empezaba a planificar la inversión productiva en lo social.²⁷ (Negri, 1979, p. 8)

Estas consideraciones acerca de la centralidad del propio sujeto antagonista en determinar el desarrollo capitalista, ponen en evidencia simultáneamente la obsolescencia del obrero masa desde el punto de vista del proceso productivo y cómo la figura del obrero del PCI y de los grupos leninistas ha resultado ser una “figuración atemporal” y, por lo tanto, inoperante para la acción insurgente.

La fábrica difusa post-fordista incorporaba ahora a toda la sociedad en su lógica: una lógica que descansaba sobre la remodelación de las necesidades creando nuevos hábitos sociales y de consumo, formas de ver, de sentir y de pensar. En otros términos, la nueva fase producía formas de vida y de subjetividad nuevas, una forma de producción *subjetivante* situada en el núcleo del análisis autonomista. En efecto, si todo el proceso social se integraba en un único proceso de producción/reproducción, todos los miembros subordinados de la sociedad podían ser identificados como un nuevo “trabajador social global” que se oponía al capital.

²⁶ Entre las más conocidas: “Ma chi ha detto che non c’è”, Gianfranco Manfredi en el álbum *Ma non é una malattia*, 1976. Nanni Balestrini y Tano D’Amico presentan un interesante *collage* de poemas y canciones, en *Ci abbiamo Provato. Parole e Immagini del Settantesette*, que permite bucear la particular sensibilidad de los jóvenes del *Movimento* de aquellos años.

²⁷ Traducción propia. Texto original: “Come si era sviluppato il tentativo capitalistico di battere la classe operaia? Attraverso l’automazione in fabbrica ed il rinnovamento dell’ ‘organizzazione scientifica’ del lavoro, ben al di là di quelli che erano stati gli insegnamenti e le pratiche del taylorismo e del fordismo. Si stava aprendo in fabbrica l’epoca del postfordismo. In secondo luogo, il capitale cominciava a programmare l’investimento produttivo del sociale”.

El decreto autonomista acerca de la muerte del obrero-masa, la aparición del obrero social como figura central del antagonismo y como sujeto revolucionario en el análisis de *Rosso* tenía una serie de implicaciones relevantes. La más obvia quizás fue que el nacimiento del obrero social implicaba la desaparición del sujeto histórico de la revolución comunista. Ello representó la más dramática fractura conceptual con el PCI y con la casi totalidad de la izquierda extraparlamentaria. Por otro lado, bajo este dispositivo conceptual que unía las subjetividades diversas desde la fábrica a las universidades pasando por los espacios ocupados y autogestionados de la metrópoli, emergían posibilidades inéditas de alianza entre los diversos movimientos sociales antagonistas. El *obrero social* de la metrópolis capitalista pasó a ocupar el centro de la escena política italiana con prácticas de luchas radicalmente diferentes que lo volvían ininteligible como sujeto político para las categorías del marxismo ortodoxo e indisciplinable para los partidos institucionales que pretendían reducir lo político a la acción de partido dentro de las instituciones. En síntesis, me parece que lo más destacable de este recorrido autonomista es el uso creativo que sus teóricos hicieron del marxismo como método de análisis materialista de la realidad industrial italiana en metamorfosis devolviéndole su enorme potencial epistémico, así como su puesta en escena de aquel entusiasmo y optimismo revolucionario que había animado la experiencia comunista internacional desde sus exordios.

Epílogo

O de la necesidad de volver a la revolución de la a/Autonomía

En este recorrido entre textos y protagonistas, he propuesto una lectura de la *a/Autonomía* como movimiento y como organización que pretende dar cuenta de las nuevas aportaciones que estaban siendo elaboradas dentro de la izquierda comunista italiana y contra ella. Por una parte, he querido referirme al marco histórico-geográfico en el que se gesta *Autonomía* y su desarrollo, así como la elaboración de las editoriales de *Rosso*, su revista de contrainformación. Es imposible dar cuenta de la especificidad de la *a/Autonomía* olvidando el emblemático anudamiento entre luchas obreras, restructuración del capital y el rol del Partido Comunista Italiano y de los sindicatos en la conformación de esta experiencia teórico-práctica y de militancia que supo dar voz al malestar de un amplio sector del proletariado juvenil de la metrópoli del norte. El fracaso de las luchas obreras de 68/69, los años setenta, y el clima represivo que caracteriza el final de la década constituyeron el suelo material para repensar la herencia revolucionaria y la definición de nuevas prácticas que tendían a la construcción de un nuevo orden social y político en la dimensión temporal del aquí y del ahora.

La génesis del movimiento de la autonomía aparece como dimensión especular negativa del definitivo abandono de la línea revolucionaria por parte del PCI y su repliegue hacia una estrategia que encuentra en las alianzas interclasistas y en la lucha parlamentaria su razón de ser. Según la autonomía, el compromiso histórico hacía patente la traición de los ideales y las prácticas revolucionarias y ponía en el centro de la agenda del PCI las preocupaciones institucionales y de representatividad frente a la centralidad de los elementos económicos y de las formas de rebelión espontáneas en determinar la acción comunista de clase.

En segundo lugar, estos desplazamientos revelaban una doble debilidad del propio PCI. Los teóricos vinculados a la izquierda institucional eran incapaces de hacer un diagnóstico adecuado de la fase de restructuración no solo con respecto a su calado y sus efectos económicos sino como filosofía productiva que tenía unos efectos psicosociales. El modelo burocrático, autoritario, jerárquico y militarista de la producción y del control sobre la mano de obra (Revelli, 2008: 146) tenía su reflejo en determinadas concepciones de la acción política que dominaban la escena de la izquierda institucional; frente a la crítica radical de los jóvenes de autonomía y sus prácticas, la izquierda institucional se convertía precisamente en instrumento de apuntalamiento de estas lógicas en el campo de las relaciones sociales de la metrópoli. No obstante, lo que resulta más acuciante desde la perspectiva contemporánea, es la incapacidad por parte del PCI y sus teóricos de entender cómo los albores del momento postfordista del capital estaban generando nuevos procesos de subjetivación militante de la propia clase.

La desaparición material del obrero-masa fordista no solamente volvía obsoletas las formas de organización y los lemas que aglutinaban las acciones sindicales y de partido, sino que determinaba también la erosión del *obrero revolucionario* como dispositivo catalizador de la sensibilidad del joven proletariado urbano. Quedaba así delineado el choque frontal entre los viejos comunistas –leales a los sindicatos y al partido–, cuyo sentido vital descansaba sobre el empleo y la ética del trabajo y los jóvenes autónomos, rebeldes, vándalos y (post)luditas. Todo ello derivó en la necesidad de construir nuevos ensamblajes que, desde la *praxis*, ofrecieran una nueva comprensión del mundo y la posibilidad de crear un nuevo lenguaje común para pensarlo (Negri, 2015; 2017; 2020). La noción de obrero social como nuevo sujeto revolucionario que aglutina un conjunto de subjetividades diversas en resistencia al dominio del capital, representaba precisamente este pasaje necesario para pensar y *agire la rivoluzione*; un sujeto no unitario, no predestinado, sino más bien abierto, mutable, intérprete creativo de las nuevas condiciones del conflicto.

Por esta razón, las intuiciones de la autonomía representan, bajo mi forma de entender, un punto de fuga para la reflexión colectiva en un escenario social y político como el contemporáneo donde aquellas transformaciones de las lógicas del dominio siguen operativas y donde resulta evidente que el capital afecto-cognitivo ha producido transformaciones sociales enormes que vuelven inoperantes la apelación a una revolución cuyo centro de gravedad (es decir, cuyo sujeto central) sigue definiéndose en términos unitarios, como identidad cerrada y preconstituida de cambio radical. El análisis autonomista fortalece una visión de la lucha política que se aleja de las preocupaciones institucionales y de representatividad para instalarse en la necesidad de hacer diagnósticos adecuados a partir de la

participación en procesos micropolíticos de rebelión a la razón neoliberal que se dan en el terreno de la conflictualidad de masa. Un método que apela a diferentes políticas de la mirada, entendidas en este caso, como la capacidad de salir de la lógica que hace del marco institucional, del partido y del Estado el eje de nuestra perspectiva de análisis y que se traduce de manera casi inevitable en una visión donde priman discursivamente los expertos de la política, los intelectuales y los radicales que comparten la fantasía de convertirse en demiurgos.

Desde este posicionamiento, el conjunto de los sujetos de la política se transforma discursivamente en figuras estadísticas, porcentajes que pretenden representar un supuesto dato desnudo, no previamente interpretado y por lo tanto objetivable, que daría cuenta de cuáles proyectos de vida —propia y ajena— ganan y cuáles pierden en la arena de la conflictualidad de lo imaginable. Considero que esta mirada se encuentra íntimamente vinculada a los límites impuestos por el “realismo capitalista” que reincide en una concepción elitista de la política, como cosa de expertos, articulada en primera instancia por la voluntad de dirigir, ordenar y promover. Un marco conceptual que postula de entrada una distancia imborrable entre los representantes y los representados, entre la política y otra cosa que hacemos en nuestras interacciones sociales. En este sentido, la teoría y la práctica de la *a/Autonomia* representan también una ruptura; a la fábrica difusa corresponde el contrapoder difuso; a la temporalidad de la producción que satura todos los momentos de la vida se opone la práctica insurgente que se produce en todo lugar de interacción social. Bajo este prisma, *agire la rivoluzione* aparece no como una táctica y estrategia elaboradas por una organización política sino como un punto de fuga de las lógicas del dominio y de la disciplina que la clase en su devenir elabora, en un espacio-tiempo concreto.

En otros términos, la *a/Autonomia* representa empíricamente la unión entre dos dimensiones. La de la acción espontánea y desorganizada de las subjetividades en pugna por su propia autovalorización y la capacidad de las mismas de elaborar sus propias formas de organización. Me parece indispensable destacar que esta concepción de la lucha política no es ingenua. Lejos de postular una armonía primordial que une el movimiento de forma espontánea y parece inspirada en el reconocimiento y amparada por una identidad compartida, los autónomos no dejaron de considerar el movimiento de autonomía con la “a” minúscula como un campo de fuerzas, de tensiones, de conflictos, diría que un *laboratorio político* de experimentación.

En nuestro escenario cotidiano que, como decía Mark Fisher (2018), está profundamente marcado por la apatía y una sensación de extremada fragilidad colectiva es sensato denunciar cierta dimensión *uncanny* de todo intento celebratorio del presente como expresión del “mejor mundo posible”, así como volver a esta producción teórico-práctica para vindicar otra política de la mirada que sepa captar el potencial de los movimientos de rebelión y oposición al dominio antes de asumir su inevitable fracaso. Por más necesario que sea el análisis de sus logros y fracasos, igualmente central es el hacerse cargo del aquí y del ahora y de la rabia subjetiva como eje vertebrador de nuestras acciones micropolíticas. O sea, conviene olvidar, como sugería *Rosso*, las revoluciones como experiencias históricas cristalizadas y sus ideales reguladores que producen un imaginario de impotencia y derrota, donde Negri situaba el virus maléfico de la tradición comunista, y *agire la rivoluzione* en la (re)apropiación indomable de la vida.

Referencias bibliográficas

- Agosti, Aldo (1999). *Storia del Partito Comunista Italiano*. [Historia del Partido Comunista Italiano]. Laterza.
- Asor Rosa, Alberto (1977). *Le due società*. [Las dos sociedades]. Einaudi.
- Balestrini, Nanni (1971). *Vogliamo tutto*. [Lo queremos todo]. Feltrinelli.
- Balestrini, Nanni y D'Amico, Tano (2012). *Ci abbiamo Provato. Parole e Immagini del Settantasette*. [Lo hemos intentado. Palabras e Imágenes del Setenta siete]. Bompiani.
- Berlinguer, Enrico (28 septiembre 1973). Imperialismo e Coesistenza alla luce dei fatti cileni. *Rinascita*.
- Berlinguer, Enrico (5 octubre 1973). Via democratica e violenza reazionaria. *Rinascita*.
- Berlinguer, Enrico (12 octubre 1973). Riflessioni sull'Italia dopo i fatti del Cile. *Rinascita*.
- Bertolini, Giorgio (1994). *La Mappa Perduta*. [El Mapa Perdido]. Sensibili alle Foglie.
- Bianchi, Sergio y Caminiti, Lanfranco (2004). *Settantasette. La Rivoluzione che viene*. [Setentaysiete. La Revolución que llega]. Derive e Approdi.
- Bianchi, Sergio y Caminiti, Lanfranco (2020). *Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie*. Vol. 1. [Los Autónomos. Las historias, las luchas, las teorías. Vol. 1]. Derive e Approdi.
- Bobbio, Norberto (2021). *Mutamento politico e rivoluzione*. [Mutación política y Revolución]. Donzelli.
- Ciccarelli, Roberto (24 noviembre 2022). Enzo Traverso, la rivoluzione é il respiro della storia. *Il Manifesto*. <https://ilmanifesto.it/enzo-traverso-la-rivoluzione-e-il-respiro-della-storia>
- Crainz, Guido (2003). *Il Paese mancato. Dal miracolo economico agli anni ottanta*. [El País fallido. Desde el milagro económico hasta los años ochenta]. Donzelli.
- Crouch, Colin y Pizzorno, Alessandro (Eds.). (1977). *Conflitti in Europa: lotte di classe sindacati e stato dopo il '68*. [Los confines de Europa: lucha de clase, sindicatos y estado después del '68]. Etas.
- Fisher, Mark (2018). *Realismo Capitalista*. [Realismo capitalista ¿No hay alternativa?]. Produzioni Nero.
- Flores, Marcello (2017). *La forza del mito. La rivoluzione russa e il miraggio del socialismo*. [La fuerza del mito. La revolución rusa y la ilusión de socialismo]. Feltrinelli.
- Fumagalli, Andrea y Lazzarato, Maurizio (1999). *Le tute bianche*. [Los monos blancos] Derive e Approdi.
- Fusco, Virginia (avance de publicación). De la Violencia al Amor. O del nudo problemático entre subjetividad, afecto y la constitución de lo político en la obra de Toni Negri. *Daimon. Revista Internacional de Filosofia*. <http://dx.doi.org/10.6018/daimon.503331>

- Ginsborg, Paul (1989). *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica 1943-1988*. [Historia de Italia desde la postguerra hasta hoy. Sociedad y política 1943-1988] Einaudi.
- Interview inédite de Toni Negri sur les “années de plomb (15 marzo 2002). *Multitudes. Revue politique, artistique, philosophique*. <https://www.multitudes.net/interview-inedite-de-toni-negri/>
- Lazzarato, Maurizio (1996). Immaterial Labour. En Paolo Virno y Michael Hardt. *Radical Thought in Italy: A Potential Politics*. [El pensamiento radical en Italia: una política en potencia]. (pp. 142-157). University of Minnesota.
- Lazzarato, Maurizio (1997). *Lavoro immateriale. Forme di vita e produzione di soggettività*. [El trabajo inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad]. Ombre Corte.
- Ledda, Romano (16 abril 1971). Battuta la grande paura. *Rinascita*.
- Melandri, Lea (2004). Una barbarie intelligente. En Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti. *Settantasette* [Setenta y siete] (pp. 243-245). Derive e Approdi.
- Monicelli, Mino (1978). *L'ultrasinistra in Italia. 1968-1978*. [La ultraizquierda en Italia. 1968-1978]. Laterza.
- Negri, Toni (1970). *Scienze Politiche 1. Stato e politica*. [Ciencias Políticas 1. Estado y política]. Enciclopedia Feltrinelli-Fisher n. 27. Feltrinelli.
- Negri, Antonio (1979). *Dall'operaio massa all'operaio sociale. Intervista sull'operaismo*. [Del obrero-masa al obrero social: entrevista sobre el obrerismo]. Multhipla.
- Negri, Toni (2015). *Storia di un comunista* [Historia de un comunista]. Ponte delle Grazie.
- Negri, Toni (2017). *Galera e Esilio. Storia di un comunista* [Calabozo y Exilio. Historia de un comunista]. Ponte delle Grazie.
- Pugliese, Davide (1985). *Da Gramsci a Berlinguer. La via italiana al socialismo attraverso i congressi del Partito Comunista Italiano*, vol. IV [Desde Gramsci hasta Berlinguer. La vía italiana al socialismo en los congresos del Partido Comunista Italiano, vol. IV]. Marsilio.
- Revelli, Marco (2008). 1968. La grande contestazione. En Emilio Gentile. *Novecento italiano* [El siglo veinte italiano] (pp. 131-154). Laterza.
- Santori, Alessandro (2008). *Il PCI e i giorni del Cile. Alle origini di un mito politico*. [El PCI y los días de Chile En los orígenes de un mito político]. Carocci.
- Scavino, Marco (2018). *Potere Operaio. La Storia. La Teoria* [Poder Obrero. La historia. La teoría]. Derive e Approdi.
- Taylor, Charles (2006). *Imaginario sociales modernos* (Ramon Vila Vernis, Trad.). Paidós.
- Tolomelli, Marica (2015). *L'Italia dei movimenti. Politica e società nella Prima Repubblica* [La Italia de los movimientos. Política y sociedad en la Primera República]. Carocci.
- Traverso, Enzo (2021). *Revolution: An Intellectual History*. [Revolución: una historia intelectual]. Verso.
- Ventrone, Angelo (2012). *Vogliamo Tutto. Perché due generazioni hanno creduto nella rivoluzione 1960-1988*. [Lo queremos todo. Porque dos generaciones han creído en la revolución 1960-1988]. Laterza.
- Vittoria, Albertina (2006). *Storia del PCI. 1921-1991*. [Historia del PCI. 1921-1991]. Carocci.